

# **ALGUNOS RECUERDOS PERSONALES DEL P. ADOLFO FERNÁNDEZ DÍAZ-NAVA, S.J.**

URBANO VALERO, S.J.

Agradezco a los promotores de este homenaje al P. Adolfo Fernández Díaz-Nava la invitación que me hacen a expresar este testimonio, con el que deseo saldar la deuda de gratitud que, por muchos motivos, la Universidad Pontificia Comillas tiene con él, y también yo mismo personalmente.

Conocí al P. Nava en agosto de 1943, cuando él entró en el noviciado de la Compañía de Jesús en Salamanca, donde yo llevaba solamente dos semanas. Nos separaba una media docena de años. No es mucho lo que recuerdo especialmente de él en aquella época y los cuatro años siguientes, durante los cuales convivimos en la misma casa. El alto número de miembros de las comunidades y las relaciones más formales de aquellos tiempos no favorecían mucho el conocimiento mutuo. Sí supimos todos sus compañeros que había tenido que vencer la prolongada oposición de su padre para poder hacerse jesuita, mientras que su madre lo deseaba fervientemente. Por eso, por su edad, superior a la media de los demás novicios, y, principalmente, por su fama de joven ejemplar, era esperado con simpatía y admiración por los que íbamos a ser sus compañeros, prácticamente todos más jóvenes que él. Simpatía y admiración, que se mantuvieron ya desde sus primeros años de vida religiosa, por el ejemplo de su fidelidad al cumplimiento de sus obligaciones, por su responsabilidad en la dedicación al trabajo, su ecuanimidad y afabilidad en el trato, sus toques oportunos y agradables de buen humor y por la seriedad con que tomaba su entrega a la nueva vida. Fue un novicio y junior «edificante» y ejemplar para todos nosotros.

Al terminar los estudios de Humanidades Clásicas en Salamanca, nos separamos por algunos años; él se fue a estudiar la Filosofía a Comillas y yo me fui a Oña (Burgos) con el mismo objetivo. Nos juntamos de nuevo, después de cuatro años, en Valladolid, donde él estudiaba Historia y yo Derecho, siendo de los primeros jóvenes jesuitas que en aquella época empezábamos a estudiar en la Universidad civil. Estudió su carrera con gran interés y muy buenos resultados, aunque después su vida discurriría por otros caminos. Seguía siendo la persona atenta y afable de siempre, muy fiel a su dedicación al trabajo, colaborador y servicial.

De nuevo, al terminar él esos estudios, nos separamos, y ya no volvimos a relacionarnos de modo algo más estable y cercano hasta el verano de 1967, precisamente en Comillas, cuando allí se celebraban solemnemente, al estilo glorioso de la época, los 75 años de la fundación del Seminario-Universi-

dad, y los alumnos seminaristas de su Facultad de Teología se disponían a comenzar el nuevo curso, 1967-68, ya en Madrid. El P. Nava, que era entonces su «Prefecto» o Encargado en Comillas, habría de seguir siéndolo por muchos años en Madrid, en circunstancias nada fáciles, por diversas y múltiples razones: el gran impacto que suponía para los jóvenes el salto del protegido aislamiento anterior al barullo de la gran ciudad, la complicación creciente del entorno político-social del momento y (no en último lugar), la gran precariedad e inestabilidad de la implantación de los alojamientos y del desarrollo de las actividades académicas de la Universidad en Madrid. La comunidad de los estudiantes seminaristas de Teología (creo recordar que, por lo menos al principio, superaban el centenar) estuvo instalada durante un año en la antigua Casa de Ejercicios del Colegio del Recuerdo, pasando luego a ocupar un edificio, propiedad de las Hermandades del Trabajo, en la calle de Écija, n.º 4, de Madrid. A ellos se unieron, al cabo de algunos años, los estudiantes seminaristas de Filosofía. Y allí estuvieron unos y otros, en torno al centenar, hasta que, al comenzar el curso 1973-74, se inauguraba el nuevo Colegio Mayor «Comillas» en Cantoblanco, al que se trasladaron, ocupando sus cincuenta habitaciones individuales. Todavía un año habían estado yendo cada día desde su residencia de la calle de Écija a las clases en Cantoblanco.

El P. Nava, con su serenidad y equilibrio proverbial, mantuvo el tipo en aquella complicada situación, que para él se prolongó durante veinticinco años en dos períodos, y mantuvo, sobre todo, como su *factótum*, junto con algunos otros buenos jesuitas, bien compactados entre sí, la institución del Seminario comillés. Es un gran mérito suyo. Como lo fue también el que, en aquellos momentos de gran incertidumbre sobre tantas cosas y de una severísima carencia de medios económicos en la institución comillés, mantuvo con claridad y convicción la idea de construir un Colegio Mayor, aunque fuera pequeño, en el campus de Cantoblanco. Es bien posible que, sin él, el Colegio no se hubiera llegado a construir; lo cual hubiera supuesto colateralmente un daño grande para la misma Universidad. Con su sencillez y serenidad habituales, sin pretensiones de aparecer y deslumbrar, se hizo, por este lado, un hombre imprescindible en la institución.

Ya pronto, durante ese tiempo, al final de los años 60, empezó a trabajar simultáneamente en la Nunciatura Apostólica. Recuerdo bien que a la Junta de Provinciales jesuitas de entonces nos llegó la petición del Sr. Nuncio, monseñor Luigi Dadaglio, de un jesuita que le ayudara de cerca en servicios sencillos, como hacerle el resumen diario de la prensa española, ordenarle el correo más personal y cosas parecidas, aparentemente sin mayor relieve. No quedó nada resuelto en la misma Junta. Por una parte, se deseaba complacer al Sr. Nuncio; pero, por otra, no entusiasmaba mucho la idea de «sacrificar» a un jesuita en condiciones de buen rendimiento en su trabajo apos-

tólico para menesteres tan menudos. No supe cómo se llegó a la decisión de designar al P. Nava para el servicio pedido. Se pensaría probablemente que, como los seminaristas se iban a sus clases por las mañanas, durante ese tiempo podría quedar libre para trabajar en la Nunciatura. La verdad es que, aunque yo no tenía entonces una responsabilidad personal directa sobre la institución, no me agradó grandemente la decisión tomada. Porque quitaba al P. Nava tiempo de su dedicación a la casa, en la que ocupaba una posición central e insustituible, y, sobre todo, le dificultaba el estudio y la necesaria preparación de las clases de Moral, de la que era profesor en la Facultad de Teología. El P. Nava aceptó obedientemente el encargo. El hecho es que, gracias a su extraordinario buen hacer por su afable servicialidad, su dedicación inteligente al trabajo encomendado y la confianza que aseguraba en todos los sentidos, fue haciéndose, siempre en la sombra, imprescindible para muchísimas más cosas de las inicialmente pedidas. Se ganó por entero la confianza del nuncio Dadaglio, de sus sucesores y de sus colaboradores, permaneciendo en ese servicio durante cerca de treinta años. Es seguro que, si su servicio hubiera tenido algún fallo apreciable, no hubiera durado tanto tiempo en él. ¿Qué hacía el P. Nava, mañana tras mañana, con fidelidad invariable, en la Nunciatura? Pues, sin interferir ni aparecer en nada, se puede decir que estaba en todo. Sin dar de lado a los colaboradores oficiales de la Nunciatura, que fueron pasando, los Nuncios sucesivos, especialmente monseñor Dadaglio, le hicieron el hombre de su confianza personal para muchas cosas. Naturalmente no contaba nada de lo que hacía, como era su deber y porque era hombre de las palabras justas. Pero prestó servicios muy meritorios a la Iglesia de España en un período de relaciones muy complejas y difíciles entre la Santa Sede y el Estado español. Puedo testimoniarlo así con seguridad, en términos generales (si él hubiera podido escribir sus memorias, nos habría contado cosas sumamente interesantes). En relación con nuestra Universidad, puedo asegurar especialmente tres cosas que a él debemos, en buena medida: en primer lugar, la benevolencia que los diversos Nuncios, cada uno a su modo, fueron mostrando sucesivamente a la Universidad Pontificia Comillas; luego, la relativa facilidad con que finalmente, y después de infinitos estudios, dictámenes y gestiones, se pudieron resolver asuntos jurídicos y económicos sumamente complicados, relativos a su traslado de Cantabria a Madrid; y, finalmente, el apoyo decidido de la Nunciatura ante el gobierno español al reconocimiento de efectos civiles a los estudios de la Universidad y, muy especialmente, a toda la delicada operación de la unión de los centros (entonces) de Alberto Aguilera a ella y el reconocimiento de sus estudios. También por este motivo el P. Nava vino a ser un hombre muy benemérito de nuestra Universidad.

Personalmente puedo añadir algo menos sabido: también en asuntos propios de la Compañía de Jesús, de gran calado y complejidad, que pasaron

por la Nunciatura y nos proporcionaron no pequeñas zozobras, prestó, con la máxima discreción y acierto, una ayuda inestimable, sin salirse nunca de su papel.

Del tiempo de mi permanencia en la Universidad data también la incorporación de la (entonces) Escuela de Trabajo Social «San Vicente de Paúl», recibida por generosidad de las Hijas de la Caridad, a ella. Había que ponerle un director propio en la nueva situación, y me decidí por el P. Nava, sabiendo que, por su manera de ser y de hacer, tenía en él una baza segura para implantar con buen pie la Escuela en la Universidad. Aceptó la invitación y cumplió el compromiso a plena satisfacción, ganándose la aceptación y colaboración del profesorado y contribuyendo a la buena inserción del alumnado en el nuevo emplazamiento. Se salvó bien el período inicial, se obtuvo luego el reconocimiento civil de los estudios, y la Escuela funcionó satisfactoriamente hasta llegar a quedar englobada en la nueva Facultad de Ciencias Humanas y Sociales. Otro notable mérito suyo con la Universidad.

Después de mi marcha de ésta, en 1984, supe que colaboró intensamente y también a plena satisfacción con el nuevo Rector, P. Guillermo Rodríguez-Izquierdo, como secretario personal suyo para la sede de Cantoblanco. Nuevamente, el hombre de confianza, servicial y fiel, sin pretensiones de brillo y de primeros puestos.

Hasta 2004, no volví a encontrarme con el P. Nava, estando él ya en Salamanca, como destino final; primero en estancias cortas, de mi parte, y luego, en el último año y medio de su vida, ya de manera estable. Aquí conocí más a fondo aún al P. Nava, —a cuerpo, diríamos— desposeídos ya él, y yo también, de cargos y responsabilidades de autoridad o gestión. Vivía una situación de jubilación activa, regular y fructuosa. Era Vicepostulador de la causa de beatificación del P. Manuel García-Nieto, director espiritual que había sido del Seminario Mayor de Comillas durante largos años, sumamente acreditado ante seminaristas, sacerdotes y obispos como maestro del espíritu y ejemplo vivo de santidad sacerdotal. En esta tarea, en la que trabajó con sumo interés y con su característica fidelidad, publicaba periódicamente el «boletín de la causa», siguió cuidadosamente la fase del proceso diocesano en Santander y redactó la llamada «Posición sobre las virtudes», contenida en un volumen de más de quinientas páginas, que espera el examen y veredicto de la Congregación para las causas de los Santos, de la Santa Sede. De todo ello se ocupó hasta su muerte. Además de esto, cooperaba asiduamente, mientras pudo, varias horas al día todos los días, en la parroquia de «La Anunciación»; trabajaba también para la biblioteca de la casa, y se le veía largos ratos atendiendo el servicio de portería las tardes de los domingos y días festivos. Cuando ya su salud se resintió más fuertemente, se limitaba a confesar algunas horas al día en nuestra contigua

parroquia de «El Milagro de San José», sin dejar —a no ser en los últimos meses— el servicio dominical de la portería. Era otra manifestación del P. Nava de siempre: servicial, fiel, trabajador y responsable. Sus penitentes le echaron manifiestamente de menos, cuando faltó.

En un hombre como él, no se puede silenciar la marcada dimensión espiritual de su vida. Los que vivíamos con él en este último período de ella, fuimos testigos de sus largos ratos de oración vespertina a diario en la capilla y de su asidua lectura y, seguramente, meditación de la Biblia. Hechos llamativos los dos, nada sorprendentes para nosotros, que ponían de manifiesto la hondura de su fe, como cimiento de todo cuanto habíamos visto anteriormente al exterior: su laboriosidad y servicialidad, su responsabilidad, su entrega apacible y tenaz a las misiones y tareas confiadas. Éste era el árbol que producía aquellos frutos.

Los últimos meses fueron bastante penosos para él y para nosotros. Las graves dificultades respiratorias que padecía, provenientes de males más profundos, le obligaron a ir y venir varias veces de casa al hospital y del hospital a casa, hasta que el Señor lo llevó definitivamente con Él. Su comunidad, sus familiares y varios miembros de la Universidad lo acompañamos, con afecto y gratitud, en su funeral y entierro. Nos dejaba a todos el ejemplo de un servicio continuado, vivido en sencillez y fidelidad generosa, por muchos años. La Universidad Pontificia Comillas le debe mucho, como ha quedado puesto de manifiesto aquí, y él tiene merecimientos más que sobrados para pasar a sus anales con todos los honores.